

CURRICULUM Y SIGLO XXI: HACIA UNA RECUPERACION DE LOS VALORES

*Roberto A. Follari**

RESUMEN: La provisionalidad es propia del ser humano, pero la época posmoderna es la primera en ofrecer la condición cultural para su asunción. Ello se advierte tanto en el predominio de la espectacularización mediática, como en la decadencia de la lectura, y del rol social acordado a los intelectuales. Ello obliga a reforzar en la educación las carreras humanísticas, el aspecto valorativo de aquellas carreras ligadas a lo aplicado, y la autorreflexión del papel del conocimiento y de las instituciones escolares y universitarias. También a recusar la pretensión pragmática de ligar punto a punto la formación profesional con las habilidades específicas requeridas para el puesto de trabajo.

ABSTRACT: Provisionality is a condition of human being, but only post-modern situation has made it evident. We may observe it in the style of nowadays television as spectacle, as in the decadence of lecture and the low importance assigned to intellectuals. That situation compels us to some necessitated changes in the practice of educational systems: more space to humanistic careers; emphasis in the valorative aspects of applicative knowledge; self-reflection about social role of thinking, professionals, and educative institutions. This takes us to refuse the pragmatic pretension we see everywhere: purposing to adequate the learning of a profession, to the necessities manifested by the managers of the great enterprises.

El signo de los tiempos: la insoportable levedad del ser. Lentamente, la modernidad ha ido produciendo su revés, y a partir del avance tecnológico y la era tecnocrática, nos ha introducido en la evidencia de lo contingente y lo episódico. Todo es, pero podría no serlo, de modo que el espesor de la experiencia desaparece, se esfuma y transforma en una evanescente transitoriedad como tono permanente. La vertiginosidad de los mensajes y su constante reemplazo, la variedad incontable de los estímulos visuales, la hiperrealidad del video que hace a lo real un tímido borrador de lo que sucede en la pantalla, mezclan lo real

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Univ. Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina)

y lo imaginario, hacen de lo real imaginario (1). Ocurren demasiadas cosas, lo cual resulta un equivalente de que no ocurre ninguna con peso propio (2).

Hay una experiencia de pensamiento – “experimento mental”, en la jerga de la epistemología anglosajona- que más de uno de nosotros ha vivenciado alguna vez. Puede que haya sido una pura abstracción, o en cambio que hayamos intentado sumergirnos en la voluptuosidad fuyente de la representación que se despierta, con límites imprecisos y seguramente abismáticos. Es la posibilidad de advertir nuestro ser como errancia (3): si imaginamos que cada decisión que tomamos modifica necesariamente todo el repertorio posterior de nuestra existencia, la suma de las posibilidades de rumbos vitales es una especie de árbol de ramas finitas en número, pero de hecho innumerables. Si en vez de escribir esta palabra hubiera escrito otra, mi destino futuro sería diferente. Si en vez de cruzar una calle lo rehúso, todo el decurso posterior de mi vida será otro. Si callo o hablo, establezco un destino que no sólo se realiza allí como facticidad ya inmodificable, sino que además preconditiona todo futuro posible. Como alguna vez sugirió Borges, con simplemente mover un puñado de arena en la playa, “estoy modificando el Universo”. Pero hay que advertir la modestia que acompaña a esa potencia: los mundos posibles (4) son siempre muy numerosos, y frente a ellos lo efectivamente existente es apenas una luz en el amplio campo de lo nunca alumbrado, de todo lo que podría darse, pero no es. He allí la radical levedad de la realidad, su fondo débil y contingente mentado en el célebre libro de M. Kundera (5). Aún la extrema gravedad de la muerte depende de circunstancias azarosas e inesperadas, de sucesos arbitrarios y adventicios: la nada asola al ser desde el centro, como largamente desarrolló la obra de M. Heidegger, y esto puede pensarse no sólo desde el lenguaje altamente especializado de la filosofía (tan poco traducible para la mayoría de los simples mortales), sino también desde esa intuición intelectual a que podemos abandonarnos si en algún momento nos imaginamos en ese entrecruzamiento

(1) González Requena, Jesús: El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad, ed. Cátedra, Madrid, 1992

(2) Coupland, Douglas: Generación X, Ediciones B, Barcelona, 1993.

(3) García Ponce, Juan: La errancia sin fin: Musil, Borges, Klosowski, Anagrama, Barcelona, 1981.

(4) Kripke, Saúl: Identidad y necesidad, Cuadernos de Crítica, UNAM núm.7, 1978; especialmente la presentación de la noción de mundos posibles como contrafácticos, en pp. 22 a 25.

(5) Kundera, Milan: La insoportable levedad del ser, RBA editores, Barcelona, 1993; p.ej., pp. 37 a 39. En esta última se apunta: “También podría haber sido de otro modo”.

permanente de posibilidades mayoritariamente irrealizadas, en el territorio de lo que nunca seremos a pesar de que estaba dentro de lo factible.

Contra la aparente contundencia de la realidad, su contingencialidad radical. No es que ella sea nueva: Borges la refirió en tiempos que aún no eran posmodernos, cuando advirtió que la memoria no es más que una grieta en la amplia caverna oscura del olvido. Es decir: contra la apariencia de una memoria que guarda el pasado fotografiándolo, una versión que la advierte no sólo frágil y “deformadora” de lo que recuerda, sino necesariamente parcial, mínima, como se sugiere en el célebre relato “Funes, el memorioso”. No se podría recordar todo, porque en tal caso nominalistamente cada experiencia no se fundiría a otra, sino sería siempre recordada en detalle, específica, diferencial. Por ello, no habría nombres comunes (las “clases” supuestamente naturales de la lógica), sino nombres únicos para cada hoja, cada baldosa, cada casa, etc. El mundo sería un objeto de descripción infinita e imposible, ya que la descripción, como se sabe, capta lo singular a través de universales (por ej., “aquel gato era blanco”, que supone nociones generales sobre el objeto/gato y sobre la cualidad de blancura).

Todo esto es propio de la estructura de la experiencia humana en general. Pero lo específico de la época, como se ha mostrado (6), es que se ha abierto el horizonte de experiencia histórica desde el cual esa condición se hace patente. La desfundamentación surge desde la pérdida de la centralidad del yo y su identidad, transidos por la sobreestimulación y la dimensión multivariada de la experiencia. El “gigantismo” propio de la época arrasa de hecho con la mismidad del yo cartesiano, lo desmultiplica y dispersa permanentemente, impidiéndole toda pretensión de unificar las experiencias diversas bajo una substancia o una subjetividad trascendental. Kant es refutado en estado práctico, como condición objetiva de los tiempos y la dinámica del mundo tecnológicamente mediado, ese de la “administración total” a que aludieran los frankfurtianos. La complejidad social, y la proliferación de los lenguajes especializados fragmentan de hecho el campo societal, y a partir de allí la multiplicidad de los posibles se hace una sensación en el mundo inmediato de lo vivido, deja de ser abstracción especulativa para asumirse como el suelo experiencial en el cual se sostiene la conciencia.

Así aparece lo “sin fondo” como evidente (7): lo que existe no tiene fundamento, es tal como es sólo en la medida en que fácticamente se ha impuesto. Las filosofías que pretenden sostener valores éticos o sistemas

(6) Heidegger, Martin: “La época de la imagen del mundo”, en M.Heidegger: *Sendas perdidas*, ed. Losada, Bs. Aires.

(7) Castoriadis, Cornelius: *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1988; en especial el artículo “La institución de la sociedad y de la religión”.

sociopolíticos a partir de supuestos que estarían dados en el dibujo natural del mundo, caen por inconsistencia. Los sistemas de organización social -ya lo había señalado Max Weber- no presuponen principios legitimatorios a lo cuales respondan: por el contrario, los inventan "post-factum" o en el movimiento mismo de su acontecer como poder. Nos fabricamos los principios a la medida de la justificación de la necesidad del dominio, o del autosostenimiento. Ellos no se asientan en ningún plano de necesidad primordial.

Como se sabe, todo esto ha redundado en efectos notorios en el campo de la filosofía del conocimiento. Lejos estamos de la época de las teorías verificacionistas del Círculo de Viena: la pretensión de establecer la relación de correspondencia entre lenguaje y mundo no puede realizarse. La larga lucha por imponer teorías de la verdad ligadas a la cuestión del significado fracasaron, simplemente porque el lenguaje carece de la posibilidad de sostener referentes ajenos a la internidad del campo del significado (8), y por ello este no puede ser fijo. Incluso las actuales restauraciones del realismo resultan inevitablemente cautas: H. Putnam sostiene que acabó la "Epistemología" (con mayúsculas) para que llegue la "epistemología" (con minúsculas, sin pretensiones de reasumir la idea de verdad como adecuación) (9). Se plantea que después de Kant es imposible sostener una noción fuerte de realidad exterior a la percepción de los sujetos, y por ello llama a un modesto "realismo interno", que no va más allá de sustentar la posibilidad de acuerdos compartidos por los sujetos humanos, sin postulación necesaria de un mundo trascendental a estos.

Epoca de la contingencialidad. Que forma parte del barroco contemporáneo, presente en todos los campos de la cultura (10), modos de la "episteme" de nuestro tiempo, si recordamos esa categoría del primer Foucault. Sin duda que así se ha llegado a transformar la idea de lo que es la ciencia: desde una matemática de las catástrofes, a la teoría de los objetos fractales e irregulares, y la noción de los sistemas autorregulados como modo de negar la ciencia newtoniana y su proposición de leyes causales (11). Los sistemas (físico-naturales) serían productivos, a partir de fluctuaciones que superarían los umbrales primeros de tolerancia y reacomodación, tendiendo así a producir

(8) Hacking, Ian: Por qué el lenguaje importa a la filosofía?, Ed. Sudamericana, Bs. Aires, 1979.

(9) Putnam, Hilary: Las mil caras del realismo, Paidós/ICE/UAB, Barcelona, 1994.

(10) Calabrese, Omar: La era neobarroca, Ed. Cátedra, Madrid, 1994.

(11) Cerletti, Alejandro: "Sistemas caóticos y azar", en Esther Díaz (ed.): La ciencia y el imaginario social, Ed. Biblos, Bs. Aires, 1996; Prigogine, Ilya: Tan sólo una ilusión?, Tusquets, Barcelona, 1993.

reacciones nuevas y no previsibles. Según esta idea de Prigogyne, el hombre no es una excepción dentro del cosmos: toda la realidad tiende a no ser repetitiva ni causalmente determinada, la noción de Laplace sobre el mundo como máquina de causas/efectos mecánicos queda abandonada en el desván. El tiempo se asume como flecha unidireccional hacia adelante, en el sentido de que su reversibilidad no es pensable; dado que es azaroso que el resultado que hoy conocemos sea este y no otro (tal como ya dijimos en relación a la experiencia humana como levedad). Como se advierte, la ciencia ya no es lo que era: se asume que las leyes son sólo una abstracción que ha privilegiado ciertos hechos en detrimento de otros. Se “vio” regularidad en la realidad porque es eso lo que se buscaba, y como se sabe ya largamente (de Bachelard hasta Quine, por referenciar tradiciones conceptuales muy disímiles) no existe dato sin marco teórico, o sin lo que los sajones llaman “esquema conceptual”. Hoy vivimos una realidad sociocultural desde la cual nuestros esquemas conceptuales se han hecho diferentes, y ello nos lleva a apreciar aspectos que antes pasaban desapercibidos. En otros términos, el interés ha condicionado -aquí glosamos a Habermas (12)- la “forma” adoptada por el conocimiento, como ordenación a priori de este, como su “molde” preconfigurador.

No está de más tampoco hacer breve referencia a otros “síntomas” menos espectaculares (y por ello menos conocidos, excepto en el ámbito especializado de la reflexión epistemológica) dentro de la actual teoría de la ciencia. Desde la llamada “Escuela de Edimburgo”, se muestra que conocimiento es simplemente aquello que una comunidad toma por tal, sin pretensión alguna de referencia a alguna “exterioridad” supuesta (13). Y se muestra la necesidad de la conexión de los puntos de vista asumidos por los investigadores -aún en las teorías matemáticas más abstractas- con su lugar de inscripción social, y sus consiguientes puntos de vista ideológicos y axiológicos, referidos a su vez a sus posicionamientos relativos en la cuestión del poder (14). Por esta última vía podemos seguir hacia la teoría del campo de P. Bourdieu, quien muestra descarnadamente la relación conectiva fuerte entre “lugar” ocupado en el campo del poder intelectual, y tomas de partido teóricas, con lo cual se priva a estas de

(12) Habermas, Jürgen: Conocimiento e interés, Taurus, Madrid, 1986.

(13) Barnes, Barry: T.S.Kuhn y las ciencias sociales, Fondo de Cult. Económica, México, 1986; referencia crítica en Olivé, León: Conocimiento, sociedad y realidad, Fondo de Cult. Económica, México, 1988, especialmente p.60 y ss.

(14) Prego, Carlos: Las bases sociales del conocimiento científico (la revolución cognitiva en sociología de la ciencia), Centro editor de América Latina, Bs.Aires, 1992, particularmente cap. 5.

cualquier esencialismo ahistórico (15). Finalmente, se arriba en la actualidad a una “epistemología minimal” con los llamados “estudios de laboratorio” (16): practicando una liquidación de toda pretensión normativa de la epistemología, se limita a estudiar qué hacen realmente los investigadores, y la diferencia existente con lo que creen que hacen. De modo que se advierte que en realidad la exigencia de replicabilidad de los experimentos habitualmente no se cumple, o que lo que un investigador busca no es la verdad, sino la producción de artículos que justifiquen su actividad laboral. Desencantamiento efectivo de la tarea de los científicos, acorde a la época de final de las ilusiones fuertes, a la vez que triunfo de la ilusión si se la entiende como apariencia, no-realidad, ficcionalidad constitutiva de los actos y las impresiones.

Este es el espacio cultural de la época, con sus consecuencias para el campo del conocimiento y de la teoría de la ciencia, obviamente acordes. El curriculum universitario -más que el de los restantes niveles educativos- se asocia muy directamente a la ciencia efectivamente existente, a su apropiación y al ensanchamiento de sus logros. No puede permanecer ajeno a esta colosal recomposición “en acto” de las modalidades sociales y cognoscitivas, so pena de obsolescencia y anacronismo inevitables.

1. De los intelectuales a los expertos: decadencia de la sabiduría

Los mecanismos legitimatorios del lazo social han cambiado: si no existe fundamento, no se requieren fundamentadores. Si no existe identidad fuerte, la coherencia del sujeto carece de aliciente. Si se impone lo massmediático por sobre la paciencia del concepto, el búho de Minerva simplemente ya no levanta vuelo. Si la imagen desplaza en gran medida a la letra, los letrados ya no son consultados. Como se ve, existen razones suficientes para creer que los intelectuales ya no cumplen un papel central en la sociedad. En el plano de la llegada pública y la justificación ideológica y político-moral, han sido sustituidos por esos personajes efímeros que son los periodistas. Cierto es que entre estos existen algunos cuya calidad intelectual pareciera ser nula, sólo preocupados por el “rating” televisivo. Y también que en general el brillante negocio de las noticias ha llevado a límites impensables el atropello de los derechos elementales a la intimidad de las personas, y al decoro en la forma de interpelar y entrevistar.

(15) Bourdieu, P. y Wacquant Loïc (entrevistador): Respuestas (por una antropología reflexiva), Grijalbo, México, 1995; especialmente “Habitus, illusio y racionalidad”, p. 79 y ss.

(16) Ambroggi, Adelaida: “El programa filosófico de los estudios sociológicos”, mimeo, Coloquio Ciencia y sociedad, Univ. Nacional de Rosario (Argentina), junio 1994.

Pero por eso mismo -ello es lo triste de esta época de predominio de la parodia- es que la imposición se da. Con el pensamiento se obtiene menos ganancias, y se corre riesgos de criticidad. Incluso los intelectuales que han sabido dar pasos hacia lo massmediático, han quedado suspendidos en la ambigüedad de ese gesto: no se sabe si lograron acercar el pensamiento a los medios, o en cambio han quedado atrapados en la lógica de lo vertiginoso y superficial (17).

Por otra parte, en el plano de los profesionales y sus funciones, hemos asistido a la caída de los grandes relatos axiológicamente organizados y ordenados en torno a ideas/fuerza de orden ético o socioorganizativo. El sistema se basta a sí mismo para justificarse por vía de la producción de performance (18); no requiere más discursividad que la interna a mostrar su capacidad de productividad y automantenimiento. Por esto, ya se requiere poco de los ideólogos: estos resultan efímeros y poco calificados, en los casos en que aparecen (19). En cambio, ha llegado el momento de los técnicos: encargados de marketing, especialistas en publicidad y comunicación, diseñadores de campañas, aplicadores de la encuestología en auge (esa nueva y decadente Pitonisa de los políticos). Estamos llenos de "expertos" que venden exitosamente sus saberes específicos y netamente operativos.

Como la epistemología bachelardiana muestra convincentemente, una cosa es la ciencia y muy otra la tecnología. Una cosa buscar el conocimiento, otra la eficacia. Un caso es el de quien sabe los límites y alcances de lo que sabe, y otro es el de quienes venden sus saberes aplicativos como panaceas dentro de la apropiación de las posibilidades crecientes que ofrece el mercado profesional.

Desde el punto de vista científico, asistimos a la plenitud del proceso que en su momento denunciara la Escuela de Frankfurt: predominancia de la utilidad por sobre la verdad, y liquidación creciente de la ciencia por la tecnología, todo realizado en nombre de la ciencia misma, que se ve entonces subrepticamente desplazada. En cuanto al pensamiento, si lo conceptualizamos

(17) Un ejemplo paradigmático de este comportamiento es el de Umberto Eco, que en algunas intervenciones televisivas en Argentina (y colaboraciones en el suplemento cultural del diario "La Nación" de Bs.Aires) ha rozado peligrosamente la banalidad.

(18) Lyotard, Jean-F.: *Moralidades posmodernas*, Tecnos, Madrid, 1996; p.ej., p.38, p.61, etc.

(19) Tal mediocridad se expresa en autores como Francis Fukuyama, largamente criticado ya en diversos medios, y hoy justamente olvidado; en un "teólogo" que idolatra al dinero y el capital como Dios, tal el caso de Michael Novak; y en la triste réplica latinoamericana ofrecida por los hermanos Vargas Llosa, paradigma de simplismos doctrinarios aptos para consumo masivo y contrarios a cualquier realidad constatable.

más allá de la ciencia: como posibilidad de meditar sobre los fines, sobre lo sustantivo, de acuerdo también a la crítica de la razón instrumental que va de Horkheimer a Marcuse (20); si tomáramos por un momento la idea heideggeriana de que “la ciencia no piensa”, en cuanto estaría también atada a la inmediatez de los intereses prácticos (entificación del ser, según el lenguaje del oracular filósofo de Friburgo), veríamos aún más radicalmente desaparecer hoy toda reflexión sobre los valores, todo pensamiento en el sentido tradicional de otorgar sentido a la experiencia en nombre de algún tipo de orientación normativa justificada. A esto último se lo supone rémora del pasado, apelación a la nostalgia de la época de las utopías, insistencia en lo que no se mide en términos de performance. En el universo generalizado de la ganancia, la razón sustantiva no tiene buena prensa.

Cabe ejemplificar: en la televisión argentina de comienzos de 1997 (caso paradigmático de farandulización absoluta de la política, como también del conjunto de las referencias a la vida social), dos oscuros periodistas (21) lograron altos índices de audiencia promocionando la imagen de un par de muchachas de la noche, entremezcladas en un escándalo de drogas y falsos testimonios judiciales. Consiguieron que se convirtieran en paradójales pero efectivos “ejemplos sociales”: diversión, dinero fácil, contacto con los ricos y famosos, “pantalla” permanente y hasta la posibilidad de acceder a rápidas entradas económicas en concepto de líneas telefónicas “hot” y dirección de programas “show”. Vimos la opinión de un país considerablemente letrado (dentro de los índices latinoamericanos medios de escolaridad), manejada por personajes cuya catadura intelectual es indisputablemente defectiva.

Uno de estos sedicentes periodistas, incluso en un programa en que dejó breve espacio para otro tema (durante meses saturó con el mismo), se encargó de increpar agriamente a una joven que había abandonado su profesión de modelo para recluirse en un convento. Por supuesto, puede discutirse si la opción religiosa es la mejor, si los valores que resguarda la Iglesia Católica constituyen la ética más plausible, etc. Pero no se trataba de eso: en este caso nos tocó asistir a la banalización más radical que pudiera imaginarse. Se ridiculizaba a la joven porque estaba abandonando el mundo de la fama y el dinero por el del enclaustramiento y la remisión a valores. Valores -claro- no de esos que se miden en la Bolsa y se intercambian en el universo del mercado. A

(20) Es por demás conocida la obra de la Escuela de Frankfurt, y la que existe respecto de ella. De estas últimas, p.ej., Rusconi, Gian: *Teoría crítica de la sociedad*, Martínez Roca, Barcelona, 1969; y el muy documentado libro de Martin Jay sobre la historia del grupo.

(21) El nombre de tales “periodistas”-que seguramente no será guardado por la historia- : Mauro Viale y “ Chiche”Geblung.

nuestro personaje se le hacía inconcebible: en el mundo de la trivialización total, que alguien decida hacerse monja, es equivalente a que quiera dedicar su vida a los pobres, o que se decida a residir en un sitio alejado por razones de retorno a la naturaleza o de apoyo a grupos indígenas. En el mundo de la performatividad generalizada, la apelación a valores resulta simplemente impensable. Es lo que está fuera del cuadro, aquello que se desconoce. Si -como decía Wittgenstein- los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo, el universo de liquidación del lenguaje por la imagen redundante en un empobrecimiento consecuente y superlativo del mundo. Para los dueños del divertimento televisivo cotidiano, para los hacedores de la vida como espectacularización permanente, el silencio, la donación, las causas que vayan más allá de la inmediatez, son por completo ininteligibles.

Tenemos, entonces, que se ha acostumbrado a la sociedad a tomar a los periodistas y los expertos como los nuevos prototipos intelectuales de la época. La Universidad debe tomar nota del fenómeno: no para reproducirlo simplemente, pero tampoco para pretender negarlo tapando la realidad con los principios. Hay que considerar las actuales expectativas sociales para ir modificando su horizonte. Haciéndolo hacia una re-conformación de intelectuales que se hace imprescindible: constituir un nuevo "cerebro social" colectivo que tenga como "nexo" a los intelectuales -en el hoy olvidado sentido de Gramsci- es una tarea urgente y necesaria. Si no se la realiza, la sociedad seguirá al garete, lanzada a la imposibilidad de reflexionar sobre sus propias tendencias, sin campo para la modificación de sus rumbos. Condenada a la repetición de su presente -y tendencialmente creciente- mediocrización y banalización.

Esta es una tarea que requiere decisiones específicas, desde el punto de vista de la organización curricular. Por una parte, en la planeación general, deberá otorgarse a la filosofía y las humanidades un peso que han estado perdiendo, al menos en países como Argentina. Si existe política de cupos de admisión, los de estas carreras no deben ser minimizados, como ocurre cuando el cálculo se hace en términos operativizantes de racionalidad tecnocrática. Si, en cambio, el acceso a las carreras de grado es libre -como aún subsiste en Argentina contra continuos embates empresariales, o en el caso de la mayoría de las universidades mexicanas- se tratará de realizar políticas de promoción para dar a estas carreras una visibilidad pública que en estos momentos está negada por las tendencias culturales vigentes.

Por supuesto, no se trata sólo de qué carreras auspiciar, sino de qué se hace con ellas. Sin duda puede organizarse carreras de Comunicación o Diseño netamente mercantilizadas, con criterios que reemplazan la calidad conceptual por la posibilidad de ventas. O hacer de la filosofía ese esqueleto sin cuerpo que es la postura positivista y analítica, la cual pretende derivar los valores desde

posiciones ahistóricas y naturalistas, o intenta descalificar como poco científicas a las disciplinas sociales. Se requiere otra cosa: capacidad para pensar alternativas al presente, posibilidad de escrutar en los signos de los tiempos sus contradicciones y grietas; para así trabajar sobre la cuestión de la falta de orientación normativa, fundamental ante la desaparición de los metarrelatos, y sobre la consiguiente tendencia a la disgregación del lazo social, a la fragmentación creciente.

No puede abandonarse la producción de cohesión social -función elemental para el mantenimiento de la vida en común- a manos del consumo y/o de los medios masivos. La deserción por parte del Estado en cuanto a sus funciones sustantivas, surgida de la acumulación masiva y del asociado pensamiento neoliberal, ha colaborado a hacer desaparecer el horizonte de la Nación como espacio de asociación común. Si ese "gran padre" que guió los procesos de acumulación en Latinoamérica desde los años treinta desaparece sin más, la sociedad queda desguarnecida y desconcertada. No es que abogemos por el retorno al pasado: la vuelta del Estado populista no sólo no es posible, sino tampoco deseable. Las condiciones que lo posibilitaron han desaparecido por completo. Pero de tal constatación a sostener la tesis del Estado mínimo, hay un amplio camino. Si bien se analiza, en realidad el neoliberalismo latinoamericano ya está de vuelta: las privatizaciones se hicieron en Argentina y México, y en parte en Brasil. El aumento de la pobreza en los dos primeros países, y su mantenimiento en el tercero, indican a las claras las imposibilidades del proceso. Aunque los profetas del modelo no se inmutan: sosteniendo una tesis que ha sido muy bien criticada (22), entienden que se resuelven los males del neoliberalismo con más neoliberalismo. De modo que el remedio es lo que está enfermando, dado que el incendio se apaga con gasolina (o nafta, según la denominación en otros países). Por ejemplo, la alegada pretensión de que el desempleo que debemos al modelo (expulsión de puestos en el Estado sin posterior reinserción productiva) se resolverá...con la llamada flexibilización laboral!! (eufemismo por precarización del trabajo). Tenemos el zorro puesto a cuidar las gallinas.

Frente a este panorama que todos los latinoamericanos hoy reconocemos claramente, de liquidación lisa y llana de los derechos y garantías sociales elementales, "taponado" en su visibilidad por el circo orquestado por la televisión y la espectacularización de la existencia de la que ya hemos hablado, hay mucho por hacer, por develar, por discutir. Hay políticas y tendencias culturales que atacar y criticar; y además -y más sustantivamente- se debe trabajar en la constitución de un nuevo modelo social solidario. Los anteriores colapsaron:

(22) Hinkelammert, Franz: *Crítica de la razón utópica*, DEI, San José de Costa Rica, 1984.

populismo, socialdemocracia liberalizada, socialismo real, han periclitado en manos del sistema capitalista organizado políticamente como democracia representativa. Qué modelo de sociedad abierta, plural, establecer, que sin embargo no sea este de la ley de la selva y la tendencial exclusión de una amplia gama de sectores sociales.

Pero para ello hay que establecer toda una reconstitución de la relación entre lo social y lo político (23). Esto último ha perdido su capacidad de representar, de modo que queda como espacio vacío que se autorreferencia. El desprestigio de la clase política (asumimos "clase" en el sentido laxo de estamento, sector) lleva a una liquidación gradual de lo público, reducido ahora a lo que se encuentra en los medios masivos y en el universo generalizado de la publicidad y el consumo. Es cierto que lo público no es sólo lo estatal, y quizá ni siquiera sea mayoritariamente lo estatal (24); pero también lo es que el campo del mercado y los medios es muy decisivamente un espacio hegemonizado por los intereses privados, en el cual prima el poder de los grandes monopolios económicos, que dejan jugar un débil espacio de oposición que conforma parte de la legitimación interna del sistema (25). Es decir: la crítica está calculada como parte de la performatividad general: sólo la imaginación opositora podrá hacerla llegar más allá, rebasar el umbral de una tolerancia limitada pero aparentemente abierta. Romper con lo existente, cuando esto incluye a la oposición como parte inmanente de su legitimación, de ninguna manera resulta fácil: más aún en el universo de los medios, que parece tan inmediato a la mirada ingenua y se muestra en cambio tan cerrado a la hora de los poderes que lo organizan. Por ello resulta ingenua (por calificarla con suavidad) la curiosa "teoría de la recepción" abrazada por algunos comunicólogos y analistas de la cultura latinoamericanos, que nos hablan del poder del ciudadano frente a los medios, de su capacidad para la decodificación cultural. Ello justamente cuando los medios ejercen el poder más fuerte que nunca hayan alcanzado a nivel planetario: y cuando a su través no encontramos otra cosa -bajo la variedad de mensajes y estilos- que la entronización del "show" y la banalización generalizada

(23) Hemos tratado estos puntos en Follari, Roberto: *Posmodernidad, filosofía y crisis política*, Aique/Rei/IDEAS, Bs.Aires, 1993, caps. 4 y 5; y en el informe de investigación a CIUNC 1995, Univ. Nacional de Cuyo, Mendoza (Argentina), inédito.

(24) Es de recordar la crítica de Marx al Estado como alienación y heteronomía, desde su temprano trabajo sobre la filosofía del Estado de Hegel. Contra lo que fue la posterior práctica del socialismo real, entendía que al Estado se lo debía abolir radicalmente.

(25) Lyotard, Jean-F.: *Moralidades posmodernas*, op.cit.; p.ej., el artículo "Íntimo es el terror", p. 137 y ss.

de la experiencia (26). Quizá a tales posiciones haya que aplicarles la receta diseñada por Bourdieu con su teoría del campo, y mostrar que cuando hablan, sus autores lo hacen más acerca de sí mismos que de su objeto de estudio. Son aquiescentes con los medios y la situación actual, porque están situados en ella como quienes la usufructúan desde lugares de privilegio en el ámbito del poder académico o del poder a secas.

También puede entenderse el fenómeno de los intelectuales desde otro punto de vista. Sabemos que la Universidad cumplió en el subcontinente -en sus primeros tiempos- con la conformación de las clases dirigentes, en sociedades cuya estratificación no incluía aún sectores medios de importancia. De modo que podía calificarse como "patricia" la actitud de seguir una carrera: se tendía a las profesiones tradicionales (Medicina, Derecho) que abrían acceso a prácticamente todos los campos de actividad, principalmente los que tienen que ver con la política y la administración del Estado. Nos referimos a fines del siglo pasado, y las tres primeras décadas del presente.

Es este el aspecto oligárquico ligado a la noción del intelectual tradicional, y a la correlativa idea acerca de la organización piramidal de la cultura. Se suponía una especie de posibilidad natural de acceso a lo general antes y por encima de las especificidades profesionales, y ello se ligaba a cierta marca de origen constituida por la condición socioeconómica de los postulantes.

Es bien conocida la existencia de una reacción de derechas contra la modernidad: en ello consiste el conservadorismo aristocratizante. Bueno es cuidarse de no reproducirlo (27). Sin duda que la crítica a la cultura de masas puede guardar un tono elitista, presente -por ejemplo- en el rechazo generalizado de T. Adorno a la industria cultural, en la cual incluía por completo, a la música de jazz (28). No podemos aquí profundizar en esa compleja discusión, porque no es obvio que el jazz o el fútbol (por mencionar otro caso que podría analogizarse) no constituyan a menudo alienación o banalización; pero tampoco lo es que se puedan rechazar en bloque. Por supuesto, no aceptamos la trivial interpretación de algunos comunicólogos de pluma fácil, según los cuales se puede despachar

(26) No queremos afirmar que los contenidos de la TV sean indiferenciadamente inicuos, o que resulten todos muy parecidos; por el contrario, con el cable se han multiplicado las ofertas específicas (canales de deportes, de noticias, para la mujer, etc.). Afirmamos más bien que el "efecto de conjunto" de la exposición a la emisión televisiva subsume los diferentes estímulos en la indiferencia, al producir modificaciones en la subjetividad que des-realizan la relación con los mensajes (y con la realidad misma). Cf. González Requena, op.cit.

(27) Herf, Jeffrey: El modernismo reaccionario (tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich), Fondo de Cult. Económica, México, 1990.

(28) Lunn, Eugéne: Modernismo y marxismo, Fondo de Cult. Económica, México, 1986.

la riqueza teórica de la Escuela de Frankfurt con el simple expediente de calificarla de elitista sin más, dejando de lado los principios teóricos organizadores y la apertura conceptual al rechazo de la racionalidad administrativista propia del capitalismo avanzado. Pero hay en Adorno -indiscutiblemente- reflejos aristocráticos propios de su formación en la cultura clásica, que lo hicieron aprobar a la escritura genial -pero para minorías- de S. Beckett, a la vez que rechazar de plano la aparición de la cinematografía (28).

Si pensamos desde esta crispación de la cultura oligárquica clásica hacia la masificación creciente, típicamente expuesta en el horror de Ortega ante "La rebelión de la masas" (29), nos encontramos actualmente ante una Universidad propia de sociedades más complejas y diferenciadas que aquella de comienzos de siglo. Ahora, las carreras profesionales son instrumentos de movilidad social ascendente o -al menos, cuando el desempleo se hace fuerte como es hoy el caso- de disminución de las probabilidades de caída. Es decir, factor de peso en la competitividad por el acceso a los limitados puestos de trabajo.

Siendo así, tenemos cómo la Universidad latinoamericana se ha masificado en las últimas décadas, diferenciándose a su vez y complejizándose tanto horizontalmente (variedad de carreras y áreas temáticas de investigación) como verticalmente (aparición de los posgrados sistemáticos y de los mecanismos de control y evaluación) (30). La masificación -bien lo señalaba Walter Benjamin- liquida el aura (31): ya no se trata de formar a los grandes líderes de la sociedad, sino simplemente de conformar técnicos, profesionales. Si estos son muchos, ya no puede pensárselos como excepciones brillantes. La caída de los intelectuales es propia también del auge de la sociedad de masas, y del final de la épica del héroe individual: responde a procesos estructurales y a condiciones históricas diferentes de las de hace treinta o cuarenta años (32)

No podemos reimponer condiciones sociales anacrónicas. Nuestro llamado no es a reinscribir al "doctor" que ejercía a la vez Derecho, política y

(29) Ortega y Gasset, José: La rebelión de las masas, Espasa Calpe, Madrid.

(30) Brunner, José J.: Educación superior en América Latina: cambios y desafíos, FLACSO, Santiago de Chile, 1991.

(31) Benjamin, Walter: "La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica", en W. Benjamin: Discursos interrumpidos, Planeta/Agostini, Barcelona, 1994.

(32) Follari, Roberto: "Adiós a los intelectuales", en R. Follari: Posmodernidad, filosofía y crisis política, op.cit.

periodismo calificado. No vemos qué valor tendría un retorno a ese pasado. Por su parte, el intelectual crítico de la época de los setentas parece más interesante, pero era muy "intrauniversitario" y mostró enormes dificultades para ligarse al entorno social y sus lenguajes. No queremos ninguna reversión temporal: hay que producir una situación nueva. El intelectual a formar no pretendrá ser universalista (en cuanto a los diferentes saberes), y mucho menos liquidar la especificidad intelectual en aras de la política inmediata: bastante se ha aprendido al respecto (33). Pero sí asumirá la politicidad como elemento constitutivo de su discurso (como "forma" de la socialidad en cuanto a su autoorganización, en el sentido de B. de Giovanni) (34), repensará lo que signifique hoy ser "intelectual orgánico" de las clases subordinadas cada vez más desposeídas, y propendrá a considerar las grietas que en el presente de compacto dominio de la videocultura, pueden abrirse al pensamiento y a la capacidad de intensidad de la experiencia, ambos fuertemente dañados.

En este sentido, es un problema decisivo no sólo el peso de las Humanidades dentro del conjunto de las carreras ofrecidas, sino también dentro del curriculum de cada una de ellas. Debe volverse a la inquietud de los años setenta sobre la necesidad de reflexionar acerca del rol de la propia profesión en la sociedad. Sin duda que los ingenieros deben saber sobre función social de la Ingeniería, los geólogos sobre la función de la geología, etc. Debiera haber cursos específicos al respecto, además de la exigencia de que todos los profesores asuman este aspecto como punto de vista organizador de sus propios cursos, de modo de evitar el "efecto vacuna" de una materia que suele ser percibida como una especie de intromisión ajena a la especificidad de los contenidos exigidos por la formación para la propia carrera (contenidos pensados como exclusivamente disciplinares).

También es de atender el aspecto de formación y perfeccionamiento en servicio de los profesores universitarios. Estos están hoy requeridos por la evaluación permanente de su desempeño, de modo que lo suyo se parece más a una lucha contra el reloj y los formularios que a un esfuerzo por recuperar la

(33) La sobreideologización de la Universidad termina haciéndola fácilmente aislable como adversaria del sistema político. Ello sucedió con la experiencia argentina de la gestión ministerial Taiana (1973), o en casos como el de la Univ. Autónoma de Guerrero en el México de comienzos de los ochentas. De tal modo, se es poco eficaz en lo político, y no se sostienen plenamente las funciones propias de la Universidad. La politicidad debe mediar por vía de la especificidad de las características académicas que legitiman ante la sociedad a la institución universitaria.

(34) de Giovanni, Biaggio: "Sobre la forma burguesa de la política", mimeo, UAM-Azcapotzalco, México, 1981.

pertinencia desde el punto de vista de lo colectivo (35). Sin embargo, el esfuerzo institucional se hace imprescindible, ya sea desde las autoridades universitarias o desde las organizaciones de los docentes: se requiere perfeccionamiento permanente en los contenidos disciplinares, cada vez más cambiantes; en lo propiamente pedagógico, tantas veces olvidado y/o desconocido en el nivel superior de la educación; también en lo epistemológico, habitualmente menos tenido en cuenta, a fines de des-cristalizar las nociones sobre la ciencia subyacentes al discurso de los docentes, y a repensar lo científico desde sus modelos de producción, y no desde la distorsión que surge en el análisis sólo a partir de los resultados y los “manuales” científicos (36); y finalmente (pero no lo menos importante, “last but not least”), en los problemas socioculturales de la época y el lugar de la ciencia y de la institución universitaria respecto de ellos. Esta cuestión -generalmente ignorada por los académicos- ensancha enormemente su horizonte de percepción respecto del propio rol, y enriquece consecuentemente su práctica y su discurso posteriores frente a los estudiantes.

Al pasar -no será objeto específico de este trabajo- importa señalar que la Universidad debiera reflexionar sobre el lugar de la educación en su conjunto dentro de lo social, no solamente en cuanto al nivel superior. Hay una responsabilidad de la institución -en cuanto a sus posibilidades de irradiación- respecto del total del sistema educativo, sobre los otros niveles de la enseñanza. En estos se gestan modelos de aprendizaje, contenidos ideacionales, diferencias de capital cultural entre las escuelas de elites (a menudo -pero no siempre- privadas) y las de masas. Es un espacio decisivo en la reproducción del dominio social, y de posibilidad de apertura o cerrazón de las inteligencias a posibilidades alternas de organización social, a nociones críticas sobre lo inmediato, a una visión que dé a la ciencia peso sin sacralizarla. Los universitarios siempre han considerado a la educación en otros niveles como “inferior”, y por ello no le han dado importancia. La intervención mediante convenios mutuos para conferencias, debates, formación de docentes, intercambio de materiales bibliográficos, etc., se hace fundamental. Es toda una cuestión que ahora sólo mencionamos, en la cual la Universidad está en deuda con la sociedad latinoamericana. En algunos

(35) Ver Neave, Guy: “Estado y universidad en Europa”, en Rev. Universidad futura núm. 5, UAM-Azc., México, otoño 1990; y los trabajos de M. Mollis, R. Follari y P. Krostsch (entre otros), en P. Krostsch y A. Puiggrós (compiladores): Universidad y evaluación: estado del debate, Aique/Rei/IDEAS, Bs.Aires, 1994.

(36) Esto lo señala Bachelard en la Introducción a su conocido libro *La formación del espíritu científico*; y lo desarrolla detalladamente T. Kuhn en su célebre *La estructura de las revoluciones científicas*, donde tal constatación ocupa un sitio decisivo en la configuración de su teoría acerca de la constitución y sostenimiento de paradigmas como característica de la dinámica del desarrollo de las ciencias.

casos (es el de México) se asiste a la existencia de una Universidad considerablemente modernizada y equipada, mientras niveles como el primario muestran notorias carencias de diversa índole. La asimetría es muy marcada: de modo que la formación del docente universitario debe incluir un acápite sobre educación en su conjunto/sociedad. Dentro de un programa institucional global que colabore a constituirlo como un intelectual -en el sentido de alguien conciente de su propio lugar social y su propia práctica-, y no exclusivamente en un técnico o un especialista.

Un último aspecto en cuanto a la masificación reciente de la Universidad. Su resultado inevitable es el conocido "salto hacia adelante" en cuanto a la acreditación. El credencialismo se ajusta y especializa: para igual lugar en la competitividad, cada vez se requiere llegar a títulos más altos. Esto agranda la pirámide de diferencialidad entre quienes están en la parte más elevada del sistema, y los que quedan rezagados por la deserción en primaria, o en la escuela media. Ellos están, ahora, aún "más" rezagados. Esta situación es fuerte, si se atiende a que la función de la escuela como reproductora de la diferencialidad social no pasa por el efecto de las distintas capacidades aprendidas (que implican diferente nivel de complejidad en una sola especialidad, supongamos Literatura; o de diferente tipo, por ejemplo Agricultura); sino porque las credenciales se exigen para entrar a cualquier trabajo, no exclusivamente a aquel para el que supuestamente sirvió la formación.

Aunque a algunos les parezca anacrónico, hay que insistir en que el remanido discurso empresarial sobre la adecuación de la educación a la producción (léase a la actual organización social de la producción), no atiende a que en realidad la educación no surgió como preparación para el trabajo, sino como modo de acceso a los bienes simbólicos socialmente disponibles: y sostenemos que ese sigue siendo su sentido social básico. Pero es cierto que su relación con el mundo del trabajo se estableció pronto, por una vía nada genuina pero sumamente efectiva: la credencial se hizo criterio de selección para los que aspiran al mismo trabajo, cualquiera que este sea. En una sociedad organizada para mantener desempleo (que ya desborda ampliamente el escueto "ejército de reserva" sobre el que advertía Marx), es fundamental contar con criterios legitimados y de pronta e inequívoca aplicación a la hora de elegir algunos y dejar fuera a otros. Y la función aludida es la principal: justificación de la puesta fuera del mercado laboral de algunos, porque "tienen escasa formación". Los expulsados y marginados tendrán que asumir que lo son porque no estudiaron lo suficiente: la responsabilidad se hace propia, ya no es de la falta de puestos de trabajo, ya no aparece como sistémica.

No es desdeñable señalar al pasar cómo hoy se ha "aggiornado" el mismo discurso, y asistimos a la machacona repetición de que para superar el

desempleo hay que formar y capacitar la fuerza laboral. No es que el argumento sea simplemente falso: naturalmente, aquellos que se capaciten tendrán mejores posibilidades que los que no. Pero la capacitación por sí no produce puestos de trabajo; y los puestos especializados (para los que se daría la formación dentro de este discurso tecnocrático) son siempre limitados. Hay que repetir el hecho obvio pero hoy curiosamente taponado por la propaganda oficial, de que la tecnología no produce puestos de trabajo: por el contrario, los quita, los disminuye, a veces los elimina por completo. La charlatanería sobre el valor de la formación para superar el desempleo, supone a la educación como demiurgo que produce desde sí los lugares de trabajo (37). Y de paso, justifica a los gobiernos de turno quitándoles el peso de su responsabilidad inalienable en la cuestión desempleo: si existe, es porque la población no se capacitó lo suficiente.

Volvamos a nuestro punto de análisis: el salto hacia adelante. Ahora se requiere posgrados. Además, las políticas de evaluación de instituciones y de docentes juzgan por la presencia o no de este nivel. Y los organismos internacionales de crédito, particularmente el Banco Mundial (38), insisten en esta dirección. En tanto se generalice el posgrado, hay que especificar con máximo cuidado la diferencia de finalidades y tipo de capacitación entre niveles (licenciaturas, especializaciones, maestrías y doctorados), a los fines de que no exista caotización del sistema, y supersposición generalizada de contenidos u objetivos a trabajar. Esta es sin duda una prioridad de este momento, y exige una especificación precisa (hay algunos avances de interés en este sentido producidos en Argentina desde 1995).

Por ejemplo, puede pensarse a las licenciaturas como acceso al conocimiento básico de una disciplina y/o profesión. A la especialización, como profundización en un área específica (teórica u operativa) dentro de dicha disciplina. La maestría constituiría un avance en detalle, de finalidad básicamente académica, de capacitación conceptual hacia la docencia universitaria, la actualización teórica en aspectos profesionales, o el inicio en investigación. El doctorado se reservaría para quienes se dediquen a tareas de investigación sistemáticas y de nivel relativamente elevado.

Puede acordarse o no con la mínima clasificación que presentamos, lo

(37) Los discursos oficiales abundan en este tipo de consideraciones. Algunas las ha hecho M. Redrado en Argentina, un funcionario gubernativo de formación en Economía, súbitamente devenido en gestor de la administración educativa. Otro ejemplo es Abihagle, Carlos: "Capacitación: una herramienta eficaz para la generación de empleo", en Los Andes, Mendoza, 23 de enero de 1997 (su autor es diputado nacional por el oficialismo).

(38) A ello apuntan algunos de los programas del FOMEC aplicado en Argentina, que reconoce similares en otros países latinoamericanos.

que importa es contar con alguna para evitar el desorden en tiempos de crecimiento de la complejidad de los sistemas por modernización sistemática (e inducida). Los procesos son altamente similares en los diferentes países, por razones sencillas: como que los que ya han avanzado más sirven de ejemplo a los siguientes (es el caso de la apelación al modelo mexicano en Argentina), y también porque los organismos internacionales de crédito modelan las mismas políticas en todos los países del área, las que se sitúan como elementos parciales dentro de políticas económicas generales también fuertemente homogeneizadas.

Entre tales políticas figura la apelación al progresivo financiamiento de las Universidades por sí mismas, dentro del despiadado e interminable ajuste del gasto estatal. Por ello, se busca lograr arancelar los estudios de grado (la ley de educación superior aprobada en Argentina durante 1995 -cuidadosamente dentro del período de receso escolar-, permite pero no exige que cada Universidad arancele este nivel; la no exigencia no supuso una concesión graciosa del gobierno, sino el fruto de las duras oposiciones a dicha norma legal). En cuanto a los posgrados, el arancelamiento se ha generalizado en gran medida. A su vez, el Banco Mundial sugiere que las licenciaturas acorten sus períodos de dictado: que las de cinco años pasen a cuatro, les vale obtener importante apoyo crediticio. El resultado puede ser que se arancele desde ahora una parte más sustantiva de su propia educación por parte de cada alumno universitario. Si se generalizan los posgrados, para obtener la competitividad que antes daba una licenciatura, se requerirá tener que autofinanciarse al menos dos años de actividad para el caso de maestrías (esto suele ir desde un piso de 3.000 dólares hasta 6.000 o más en las Universidades estatales del Cono Sur). Y si la licenciatura se acorta, de hecho el tiempo financiado por el estado disminuirá a su vez.

Estas situaciones se agravan en casos como el de Chile, ejemplo de privatización generalizada de la educación, donde un examen nacional general deja fuera al 40% de los postulantes de entrada, sin acceso a las Universidades estatales y otras de punta, como es la Universidad Católica. Si ellos quieren estudiar, deberán pagarse sus estudios de grado en instituciones privadas, muchas de las cuales surgieron desordenadamente en la época de Pinochet y actualmente son sometidas a un necesario control: ello ha llevado a numerosos estudiantes a perder los estudios realizados (junto a los dineros invertidos), cuando a las instituciones se les ha quitado su acreditación oficial.

Huelga subrayar el peso clasista (en términos de "redes" diferenciales de acceso y permanencia en el sistema) de la clasificación que se da por vía de ese examen nacional standard; quedan los que tenían mayor capital simbólico previo, quitando un número minoritario y esperable de excepciones. Los que menos tienen, menos dinero tendrán luego para estudiar en las privadas, dándose a pleno el "efecto Mateo" marcado por Bourdieu de que el que dispone de mejor

condición inicial acumula poder para aumentar sus ventajas. Y aún si los desfavorecidos logran financiarse su estudio de grado, lo realizarán es universidades desprestigiadas y de menguada calidad.

Volviendo al punto anterior, debe revisarse la conveniencia que se adscribe a acortar las carreras de grado. La cuestión parece razonable en áreas de fuerte y consolidada tradición académica, donde el "corpus" fundamental está bien definido, y es útil profundizar campos específicos que el posgrado puede atender. Es posible superar así cierta tendencia a la generalización excesiva, o al enciclopedismo tradicional. Pero en las múltiples especialidades nuevas surgidas de la diferenciación académica actual (es de señalar que en algunos casos se ha "inventado" carreras a los fines de sostener un número considerable de alumnos, y pasar así los draconianos controles oficiales acerca de la relación de costos entre número de docentes y de alumnos), existen a menudo campos inéditos, poco especificados, que si se debilitan en una formación breve, terminan haciendo de la preparación universitaria una nueva versión de la que se obtiene en academias de dudoso origen: la necesidad de salvaguardar el valor conformatorio de la teoría (base de cualquier explicación científica sistemática) exige que no trabajemos un archipiélago de contenidos inconexos que llevarán al futuro profesional a carecer de una noción clara que estructure lo que ha recibido en su formación.

2. Competencias y movilidad laboral

Lo que vamos a afirmar ha comenzado a ser un consenso, pero no por ello deja de ser útil de subrayar: en tiempos de hiperespecialización, de una constelación inestable de profesiones e incluso de saberes al interior de cada profesión, se hace imposible prepararse en la formación inicial con contenidos que no se vuelvan obsoletos. Esto es inevitable. Por supuesto, de ello no se sigue una especie de abandono del peso de los contenidos dentro del proceso de aprendizaje: por cierto, es esa una de las formas en que se ha solido entender (no básicamente en el nivel universitario) a las pedagogías basadas en el constructivismo de Piaget (acerca de las cuales, como él aclaró en su tiempo, no le cabe responsabilidad personal alguna). Se postula algo así como trabajar sobre estructuras y funciones de pensamiento, dejando de lado los contenidos. Por supuesto, esto suena mejor que la noción memorística para la cual una suma desordenada de datos ya configura aprendizaje significativo. Pero sin duda que no atiende al hecho elemental de que no existen funciones del pensamiento que se ejerzan sin contenidos; la conciencia es intencional -enseñaba Husserl- y por ello siempre tiene un objeto. No existe el pensamiento vacío, sino el

“pensamiento/acerca/de”. De manera que atender a procesos de constitución del conocimiento, no debiera oponerse a mantener un énfasis en el valor de determinados contenidos.

Por otra parte, es evidente que los contenidos cognitivos en una disciplina determinada tienen relación entre sí, y que tal relación -a la manera de la lógica ordenatoria de las teorías como conjunto de enunciados- tiene “forma” deductiva. Esto significa que un nuevo contenido puede resultar con significación, sólo en la medida en que se lo pueda ubicar en relación con contenidos anteriores que permitan considerar al nuevo como decisivo o secundario, como opuesto a lo anterior o continuo con ello, etc. Es decisivo que quien pasa por una licenciatura conozca las teorías y habilidades básicas que le están ligadas, porque de lo contrario no hay actualización posterior posible. La calidad de lo que se asocie en el futuro dependerá necesariamente de la calidad del aprendizaje inicial de contenidos con los cuales se opera.

No se trata -entonces- de denigrar los contenidos. Sí de advertir que más allá de algunos conceptos y principios básicos, estos cambiarán vertiginosamente. De manera que sería ilusorio prepararse estrictamente para los detalles últimos y acabados de lo que la disciplina ofrece hoy. La versión más habitual -por cierto- no es esta: el escenario que encontramos frecuentemente es el de la demanda hecha a la educación para que se adecue a los requerimientos de los puestos de trabajo. Se asume a la educación como defectuosa en tanto no prepare expresamente para las destrezas y habilidades definidas puntillosamente para ciertos puestos de trabajo, a través de procedimientos que lindan con la ergonomía (39). Los argumentos contra este requerimiento aparentemente sensato y en realidad absolutamente contrafáctico (es decir, irrealizado; porque es irrealizable), son numerosos y de orden diverso. Por una parte -ya aclaramos- la función de la educación no es primordialmente económica; y en lo que lo es, no hace a la estricta preparación para un puesto, sino a la justificación del privilegio de unos postulantes sobre otros para puestos cualesquiera. Por otra, la cultura de lo académico es irremediabilmente diferente de la de las empresas, con lo cual la reducción total de la diferencia resulta imaginaria, y si se hiciera real implicaría la liquidación de los criterios de calidad educativa en cuanto tales, y de la institución en su especificidad de objetivos y procedimientos. Por otra parte, el tiempo que va desde que se organiza el plan de estudios hasta que salen los primeros egresados, hace imposible la permanente corrección sobre la marcha. Si bien se requiere de mecanismos

(39) Esta “petición de principio” se hizo patente en la sesión inaugural del Coloquio Internacional Curriculum y Siglo XXI, verificado en la UNAM en diciembre de 1996 y dedicado a la temática de Universidad y tecnología.

correctivos altamente flexibles, es obvio que no puede anularse cierta distancia entre la oferta con que los alumnos inician los estudios, y aquello que se hace en el espacio de la actividad profesional en el momento en que los finalizan (momento que, como sabe todo el mundo, no suele darse según el tiempo esperado. En Argentina el promedio para titularse en licenciaturas de cinco años, ronda los siete. Esto se asocia al problema de los alumnos que crecientemente deben trabajar para sostener sus estudios, y que por ello cada vez dedican menos tiempo diario a estos). Por otro lado, pocas veces se hace la pregunta inversa: por qué no se adecua el aparato productivo -léase la práctica empresarial- a alguna racionalidad externa? Es ella altamente eficaz y programada -desde el punto de vista de los fines sociales, se entiende- como para que se permita exigir a otros que se le plieguen como si ella representara algún paradigma? Por qué no pensar mejor en una planificación de conjunto que orientara ciertos puntos de acercamiento entre oferta educativa y demanda laboral? Pero el credo neoliberal resulta gracioso: economía absolutamente desplanificada, entregada al lucro individual de los propietarios como única norma. Pero en cambio, educación planificada. Planificada al servicio de la economía no planificada. O sea, educación planificada para que sirva a las leyes del mercado (léase del lucro privado en estado puro), y de tal manera refuerce las arcas ya abultadas de aquellos que no desean que el Estado o la sociedad les ponga coto alguno en sus mecanismos de acceso a la ganancia.

Imposible, entonces, adecuarse permanentemente a las exigencias del mercado (además de que no es en absoluto deseable) (40). No hay posibilidad de modificar incesantemente los programas y planes para “adecuarlos” a las destrezas que se vaya exigiendo desde los puestos de trabajo. Estos cambian permanentemente. Pero además, cada sujeto cambia a menudo de puesto de trabajo, es decir que tiene que modificar sus conductas ya sea dentro del mismo puesto o de otros nuevos, dentro de una movilidad laboral creciente (de acuerdo al avance tecnológico, pero también a la agigantada precarización del trabajo, según la ya referida “flexibilización” laboral). Por ello, la formación tiene poco sentido si se concentra fuertemente en determinados contenidos, habilidades y destrezas requeridos en el presente.

Por ello es que se insiste hoy en formar “competencias”, tanto intelectuales como actitudinales (estas últimas serían “habitus” en el sentido de Bourdieu: disposiciones a la acción). Lo requerido serían capacidades y habilidades para readecuarse permanentemente a los cambios que surgirán en

(40) Tenti, Emilio y Krostch, C. Pedro: “Universidad y sistemas productivos: autonomía y cooperación”, en Tenti, Emilio (comp.): Universidad y empresa, Miño y Dávila/Ciepp, Bs. Aires, 1993.

el espacio conceptual tanto como en el de las actividades. Los currícula deberán enfatizar cuáles son estas capacidades: tipificarlas, y calibrar cuáles estudios y prácticas contribuirán a constituir las.

Es evidente que al tratarse de construcción de hábitos, la cultura cotidiana institucional adquiere un peso decisivo. Es decir, que alcanza poco valor lo discursivo si no se apoya en hechos que lo respalden. Los hábitos no se adquieren hablando sobre ellos, sino conviviendo directamente con ciertos modos de comportamiento que son asumidos de hecho, sin que sean el objeto específico de la conciencia. Son como aquello que John Lennon decía de la vida: lo que nos pasa mientras hacemos otras cosas. Los hábitos los construimos a menudo como automatismos de modos comportamentales aplicados a objetos de atención y de conciencia disímiles entre sí, pero ajenos al comportamiento mismo. No son todos los casos, ciertamente. El hábito de conducir un coche sólo se obtiene atendiendo a la función misma de conducir. Pero el hábito de no abandonar el esfuerzo hasta haber llegado al logro -que estamos aplicando al caso de conducirlo adquirimos sin darnos cuenta, mientras aprendíamos antes quizá a nadar, o a cazar aves.

Queremos insistir entonces en que existe un "currículum oculto" de mucho peso cuando estamos pensando en que la función de lo educativo no es enseñar contenidos, sino configurar competencias. En lo intelectual, estas pueden ser identificadas con precisión, y se puede controlar (hasta cierto punto) el aprendizaje que de ellas realicen los estudiantes. Pero no es el caso con hábitos que hagan a la perseverancia, a la capacidad para flexibilizar los propios puntos de vista, a aplicar conocimientos previos para casos anteriormente impensados. Todo esto requiere algo más que un esfuerzo voluntario y conciente de parte de cada docente, luego de una confección cuidadosa y participativa del plan de estudios: exige una cultura institucional comprometida con la mentalidad que se quiere irradiar entre los futuros profesionales. De lo contrario, no podemos llegar muy lejos.

Por una parte, la Universidad deberá seguir siendo una reserva de pensamiento y de vocación por la investigación y la polémica intelectual. No puede rendirse a la inmediatez de la sola exigencia de formar profesionales, lo que ya Ortega condenaba hace muchos años como muerte de la calidad académica (41). Debe conformar en el rigor intelectual, en la paciencia de la investigación y del concepto, en la exigencia de una escritura bien lograda, y de sintaxis no azarosa ni ortografía de la adivinación. En tiempos de massmediatización generalizada, de la visualización total, la lectura se ha vuelto una costumbre exótica. Sobre todo entre los jóvenes, el colorido de la imagen

(41) Señalado por José Ortega y Gasset en su ya clásico *Misión de la Universidad*.

ha dejado fuera la actitud más austera que la lectura requiere. Frente a esto, el clima intelectual en la institución debe sostener el debate, la presencia de actualización por mesas redondas y conferencias, la permanente renovación bibliográfica de los docentes, el espacio del libro por sobre el fragmentario de las fotocopias. Si todo esto no existe, mal podemos pedir de los alumnos que asuman actitudes de rigor científico y de búsqueda de la constante superación.

Lo anterior se asocia al peso que en planes y programas de estudio deberán tener los contenidos que -por llamarlos de algún modo- podemos denominar "generales". Si por la especialización creciente se hace imposible seguir los cambios en el conocimiento y las prácticas profesionales, es la formación básica la que dará herramientas para poder luego transferir conocimientos a situaciones nuevas. Una buena formación científica en los aspectos más "puros", y tecnológica en los más generales, conformará profesionales que no queden presos de las limitaciones de los saberes adquiridos en su formación inicial. La pertinencia de un contenido se "medirá" -si cabe esta denominación excesiva- según el grado y variedad de irradiación a que pueda dar lugar.

El remanido lema "aprender a aprender" aún viene al caso, sólo que entendiendo que tal aprender no está dissociado de contenidos específicos. Y es evidente que la capacidad de promoción de futuros aprendizajes a partir de otros anteriores, se asocia al nivel de "generalidad" de estos, a su potencial para, dentro de un mapa cognitivo, ligarse a mayor cantidad de aplicaciones posibles.

En tiempos de multiplicación de los especialismos, importa reforzar la formación general. En lo científico y también en lo actitudinal. Nos libramos así de la docta ignorancia de los especialistas, que por algún tiempo apareció como el modelo a seguir.

La última consideración de este acápite podría aparecer como contradictoria con la anterior, pero en realidad es complementaria dentro de un mismo esquema conceptual. Ya nos hemos referido a la epistemología minimal como propia de nuestro tiempo, al abandono de aquella pretensión de verdad fuerte que se instalara con la epistemología positivista que inauguró el Círculo de Viena. Ello tiene consecuencias para la organización de las actividades de enseñanza/aprendizaje.

Que nos interese en la ciencia básica no significa que creamos que la ciencia es un conocimiento cerrado, pleno, autofundado, suficiente. En tiempos de principio de incertidumbre, de epistemología de la indeterminación,

(42) Decimos lo anterior en sentido análogo al de los mapas conceptuales que con fines didácticos proponía hace más de veinte años Pedro Lafourcade, por entonces dentro de la tendencia de la Tecnología Educativa.

hay que asumir que la ciencia es seria sin ser solemne. Es decir, que asume ser falible y que no pretende validez absoluta, ni siquiera exclusividad en el campo de las justificaciones de creencia propias de nuestra época.

Si abrazamos con fuerza esta condición de precariedad ontológica -se diría- del conocimiento humano, de incompletud inevitable, de carencia y de hiancia (en el sentido de Lacan, estos últimos dos términos), podremos no fetichizar el conocimiento como "cosa", como si se nos impusiera desde fuera y no constituyera un producto humano (43). Podemos disponer de ella, y disponernos desde lo que de ella hemos logrado, sólo en la medida en que no hayamos perdido la libertad de considerarla como producto arbitrario, como algo que no está por encima del hombre en algún universo platónico, sino que está a su lado como fruto de su propia tarea. Mantener una sana inocencia frente a la ciencia nos permitirá advertir sus límites, no sacralizarla; en fin, pensar también el conocimiento como fábula, tal cual pensaba Nietzsche, es decir, como voluntad y como ficción. Nada de neutralidad: intereses, poderes, fuerzas cruzan al conocimiento. Fuerzas que también habitan otros espacios: el rescate de la cultura popular, de la vivencia no mediatizada por el concepto, de los impulsos y la vitalidad, no se harán desde la ciencia misma. Y son hoy imprescindibles culturalmente. Imprescindibles de rescatar desde la Universidad, espacio que intenta ser factor de aglutinamiento de elementos de la cultura; y de producción de efectos relevantes sobre esta. Que no olvide la ciencia en su omnipotencia a cierta "filosofía del lado moridor"; a aquel Cioran que recordaba que el progreso personal en el tiempo también puede entenderse como acceso gradual hacia la propia muerte. Y que no se autosuspenda en un absurdo pedestal que le impida advertir que lo que alberga no lo ha inventado ella misma, que la Universidad es tributaria de un saber social cotidiano, de los lenguajes naturales y las creencias primarias, de la vida y el trabajo manual producido por el común de los hombres, esos que nunca han pisado o pisarán una Universidad.

Y para los currícula, una exigencia adicional: la flexibilidad. Por supuesto, ya hemos apuntado que hay ciertos contenidos y habilidades irrenunciables, que habrá que determinar en cada caso para la carrera de la cual se trate. La formación básica ya señalada deberá atenderse. Pero cabe luego abrir el espacio a una buena cantidad de posibilidades diversas. Allí confluyen las tendencias culturales de la época, con las del campo laboral: si estas son múltiples y en permanente autovariación, la cuestión de la pluralidad y la diferencia atraviesa el territorio cultural de los tiempos posmodernos. Dar lugar a la elección de

(43) Esta intuición de Marx fue profundizada por Lukács en el primer capítulo de su *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969; y desarrollada ampliamente por Alfred Sohn Rethel, en su *Trabajo manual y trabajo intelectual*, El viejo Topo, Bogotá, 1979.

trayectorias personales, de caminos disímbolos, parece una decisión imprescindible. Por supuesto, esto requiere recursos humanos variados, y ello a su vez presupuestos adecuados: pero también puede pensarse modos de acrecentar el rendimiento de algunas actividades que de hecho se producen (permitir tomar cursos de otras carreras o Universidades, por ejemplo), y aumentar así las opciones sin multiplicar las acciones ni los presupuestos.

Un fantasma recorre el mundo: el de la pérdida de la certidumbre, y por tanto, el de la multivariación de los caminos normativos y los ámbitos de la representación (en los múltiples sentidos de esta última palabra). Que las Universidades se hagan cargo, y el añejo estilo de los planes de estudio altamente estructurados deje lugar a la posibilidad de elección múltiple por parte de los alumnos, lo que haría mucho más motivante la actividad, y llevaría a los estudiantes a prefigurar hasta cierto punto -dentro del período de estudios de grado mismo- las características futuras de su específico campo profesional.

3. La jaula de la melancolía

Lo posmoderno ya no es una fiesta. La ingenuidad (ingenuidad?) de los análisis de G. Lipovetski es tal que mueve a reflexión (44). Sigue sosteniendo -contra toda evidencia- que estamos en el mejor de los mundos. La post-moral nos hace flexibles y tolerantes, no sesgados por grandes exigencias sino dispuestos a pequeños logros a la altura del hombre. Parece que el autor no advirtiera los problemas de racismo en su misma Francia, la cantidad de mujeres solas e hijos de matrimonios cruzados, el final de los viejos patterns familiares sin que exista un mecanismo de reemplazo. Los tiempos no son buenos, y han prohijado nuevas dependencias, las cuales han sido -por ejemplo- diseccionadas claramente desde el psicoanálisis (45). Bulimia, anorexia, desórdenes psicosomáticos, insomnio, son propios de la época. Para no hablar de las tendencias al suicidio, que por primera vez alcanzan significativamente a los jóvenes en Latinoamérica en la última década. O el alcoholismo juvenil, síntoma que en el caso argentino es absolutamente nuevo, y fuertemente generalizado. Sobre las adicciones, particularmente a las drogas, todos los días los diarios acercan noticias elocuentes.

Hemos hablado de "fin de fiesta" posmoderno en otro contexto (46). No

(44) Lipovetski, Gilles: *El crepúsculo del deber*, Anagrama, Barcelona, 1994; del mismo autor, "Espacio privado y espacio público en la era posmoderna", en *Rev. Sociológica*, núm. 22, UAM-Azcapotzalco, México, mayo-agosto 1993.

(45) Rojas, María C. y Sternbach, Susana: *Entre dos siglos (una lectura psicoanalítica de la posmodernidad)*, Lugar ed., Bs. Aires, 1994.

desarrollaremos aquí todo el planteamiento teórico-histórico acerca de este movimiento por el cual lo posmoderno ha pasado desde el festejo de la no sujeción a normas, a la anomia sentida como sinsalida. Podemos sintetizar si señalamos que sin duda frente a un pasado fuertemente reglamentarista y disciplinario, el fin de la exigencia normativa se sintió como una liberación. La celebración de la pluralidad contra la pretensión permanente de unicidad en nombre de verdades fuertes; la apertura a la tolerancia de puntos de vista diferenciales, resultaban valorables cuando por años se soportó la imposición en nombre de Dios, la ciencia o el capitalismo democrático o dictatorial. Sin duda que se había consumado el fracaso de un cierto modo ordenatorio y disciplinario de la existencia, propio de la metafísica de la subjetividad instalada con Descartes, y de la racionalidad ordenatoria de un yo que todavía desconocía que “el conocimiento es paranoico” (Lacan).

Pero lo que sobrevino, luego de la liquidación de la Gran Verdad, fue el juego de verdades múltiples y coexistentes, que dispersaron las legitimaciones discursivas. Puede haber muchos modos de vida, muchas morales, diversos principios para lo sociopolítico, un caleidoscopio de opciones en todos los campos de las decisiones vitales.

Esto suena muy bien, pero lo que ciertos integristas cuestionan a las verdades con minúscula no deja de tener su cierto valor de verdad. Una vez se preguntaba -en una conferencia ofrecida en la UNAM- el ahora diputado español y por entonces filósofo Rubert de Ventós: “Cómo entusiasmarse por algo tan poco carismático como la democracia? Nos entusiasmábamos con la revolución, con su mística y su aura de utopía y absoluto. Pero...dar la vida por el parlamentarismo, por las elecciones?”. Y a su manera, no se equivocaba. Es lo que los filósofos de la derecha totalitaria traducían como oposición entre espíritu (superior) e intelecto (inferior). No podíamos ser esclavos del cálculo y de la mente; claro que su remedio (el retorno a la unicidad en nombre de la tierra, la raza o la sangre) fue simple mucho peor que la enfermedad. Pero el problema existe. Borges ironizaba sobre aquellos que serían capaces de morir por el sistema métrico decimal (como -por cierto- algunos positivistas tardíos estilo Bunge siguen connotando, desde una dinosaurica posición epistemológica que los haría blanco perfecto de la crítica de la derecha fundamentalista. Por cierto Husserl interpreta correctamente que la “Krisis” de las ciencias europeas de comienzos de siglo residía en su imposibilidad de pensar más allá de lo empírico-positivo, con lo cual se abandonaba todo el campo de los valores al tratamiento

(46) Cf. nuestro informe de la investigación “Posmodernidad, crisis y recomposición política”, Consejo de Investigaciones de la Univ. Nacional de Cuyo, Mendoza (Arg.), 1995 (inédito).

por estetización generalizada propuesto por el nazismo entonces en crecimiento).(47)

Verdades que no entusiasman. Lyotard, en uno de sus libros más débiles, muestra también que el entusiasmo requiere unir (según él, forzosamente) lo que para Kant está separado en campos relativos a la voluntad y al conocimiento (48), y festeja (eran tiempos de auge posmodernista) que haya desaparecido la posibilidad de entusiasmarse, de caer en esa confusión entre el conocimiento que exige los sentidos y la representación por una parte, y lo irrepresentable que moviliza la afección por la otra.

Pero pasó lo que tenía que ocurrir. Muchas verdades coexistentes sin debate ni mecanismo alguno de mutua referencia, se parecen a ninguna. Como dice un viejo tango, así “todo es igual, nada es mejor”. No hay criterio de decisión respecto de que alguna cosa valga más que otra, ni vale la pena discutir con terceros, ya que bastará con que nos digan que ellos juegan otro juego legitimatorio diferente. Una verdad por la cual no se pueda luchar no se parece a una verdad. Una verdad con la que no podemos entusiasmarnos ya no es verdad. Si casi todo puede ser verdad, casi nada lo es, retomando la igualación entre todo y nada de determinación que practicaba Hegel. De modo que sobrevino la caída de los ánimos, el tedio, el sentimiento de imposibilidad y de falta de orientación normativa. Si no hay verdad alguna falta el sentido. Y si bien el sentido fuerte es culpable de muchas violencias en la historia de Occidente (que desde Foucault se han enfatizado claramente), la falta de sentido no lleva a ningún paraíso de los cuerpos diseminados, de las voluntades puras, o de la facticidad como evento permanente. Todos estos sueños supuestamente antimetafísicos de deconstrucción radical (Derrida está a la cabeza por su mítica ruptura con la metafísica de la cultura occidental), han resultado inevitablemente simples inversiones de la problemática previa de la metafísica, orientadas inevitablemente por ella. No se trataba -hoy se ve claro- de acabar con el Logos; por cierto, tampoco es exactamente lo que Derrida pretendía, pero...adónde sino allí conduce la liquidación ad-infinitum de la conexión conceptual? Búsqueda de aniquilamiento de la metafísica, pensada como aniquilamiento del sentido, de aquello que de espiritual puso la impronta platónica en el pensamiento europeo a partir de los griegos.

El resultado no fue bueno. Nada de aventurados “pasos sobre la luna”, como prometía un entonces maoísta Philippe Sollers en el Prólogo a “De la gramatología” (49). Por el contrario: tras el final del sentido ninguna exaltación,

(47) Husserl, Edmund: Crisis de las ciencias europeas, Folios, México, 1984.

(48) Lyotard, Jean-F.: El entusiasmo, Gedisa, Barcelona, 1987.

(49) Derrida, Jacques: De la gramatología, Siglo XXI, México, 1978.

nada de gloriosas rupturas ni heroicas aperturas a lo inaudito. Simplemente el tedio, la abulia, el cansancio, la desvitalización, brillantemente expresadas en la ficción de una borrosa "Generación X" (50).

Ese es el punto en el que nos encontramos en el presente. Déficit de horizonte orientativo. No saber a qué apuntar ni en qué creer. La posmodernidad hoy se pisa la cola: sus mentores curiosamente pretenden ahora re-fundar la creencia tras haberla perseguido y aniquilado. Es el caso de Vattimo y sus sorprendentes remisiones religiosas al catolicismo en nombre nada menos que del pensamiento débil (51), o de Lyotard que, desengañado pero también sin confesar su viraje, nos habla de tiempos de desencantamiento y de melancolía (52). En fin: Derrida, que no ha sido posmoderno pero sí deconstructor de la razón moderna, también nos sacudió con su inesperado "Espectros de Marx" que a despecho del logrado ataque a la actual tranquilidad burguesa en nombre de fantasmas y viejos topos de la historia- está en ruptura notoria y evidente con su obra anterior (al margen de que Derrida intenta una continuidad que, incluso, sería muy poco deconstructiva), y que ha llevado a que algunos discípulos se quejen amargamente de los malos hábitos del maestro que reniega de facto de su propia teoría dejando sorpresivamente al garete a socios y simpatizantes (53).

Lyotard diagnostica en el último libro que le conocemos, ya referido, que existe sufrimiento por la falta de absoluto. Ya no se entusiasma con el final del entusiasmo. Advierte los tiempos como de un acomodamiento muelle a lo existente, propio de algún personaje que introduce al comienzo (varios de los capítulos -mutuamente independientes- son relatos), y que nos parece una glosa de sí mismo (54). O muestra una denominada "fábula posmoderna" ferozmente despersonalizada, que deja fuera la trama de sentido para precisamente hacer notar la violencia que su ausencia causa. O habla de reacondicionamiento en el campo de la intimidad: espacio para lo subjetivo, la reflexión, el ensimismamiento, la introspección. Lugar para ese rumor de palabras propias con el cual vivimos:

(50) Coupland, Douglas: Generación X, op.cit.

(51) Vattimo, Gianni: Más allá de la interpretación, Paidós/ICE/UAB, Barcelona, 1994; particularmente el capítulo sobre Religión, p. 85 y ss.

(52) Lyotard, Jean-F.: Moralidades posmodernas, op.cit.; p.ej., pp. 73-74.

(53) Asensi, Manuel: Espectropoética (Derrida lector de Marx), Colección Eutopías, Universidad de Valencia (España), 1994.

(54) Lyotard, Jean-F.: Moralidades posmodernas, op. cit., en el cap. primero denominado "Marie en Japón".

“converso con el hombre que siempre va conmigo”, según inmortalizó Serrat los versos de Antonio Machado. Ese rumor que requiere de silencio, que requiere que la palabra muestre su límite y -sobre todo- que podamos sutraernos al universo total de la visualidad, a lo obsceno de la mostración absoluta para la cual nada es propio, nada personal, nada guarda el lugar de lo íntimo.

Lytotard nos ha puesto en guardia sobre su cambio de actitud desde el principio, aunque no lo especifique explícitamente. Así dice en el epígrafe introductorio: “Quince notas, pues, sobre la estetización posmoderna. Y contra ella: no se acaba con el problema de la vida por asignarla al artificio” (55).

Palabras que no podrían describir mejor algunos de los intentos que vengo realizando como programa de investigación: mostrar que el sujeto no muere (en sentido estricto), que las identidades no desaparecen (en sentido estricto), que el vivir sin normatividad es posible en algún momento, pero intolerable. Es decir: advertir que ciertas metáforas deben ser tratadas con más seriedad si es que se les quiere otorgar contenido. No estamos ante el final de la subjetividad, ni de las identidades: ni tampoco ante la disolución de ellos/as. Sí ante una fuerte reconfiguración de sus características: es esto de lo que se trata, y es allí donde deberemos advertir qué nuevo tipo de subjetividad es la que la historia hoy nos depara.

Y la estetización exterior (visual, paradigmáticamente presente en la publicidad televisiva) ha eliminado el espacio estético en su sentido primario: como expresión sensible de lo que no es sensible, como evocación de lo irrepresentable a partir de la representación (56). La visualidad total es exactamente lo contrario: pretensión de representación absoluta. Con ello, aniquilación a la vez del pensamiento y de la sensibilidad. Del primero, porque pensar es abstraer, sustraerse al espacio de la mirada y la visualidad, según ha enfatizado por ejemplo Bachelard, y según se sigue de las teorías de la microfísica y aún de la del Big-Bang; de lo segundo, porque la visualidad destruye la tensión sobre la cual el deseo se constituye. Lo visual excita el deseo, pero la obscenidad lo bloquea en la brutalidad de negar una exterioridad y un exceso al acto mismo del dominio por la mirada. La desnudez es fruto de las caricias preparatorias del amor; lanzada de inicio, promueve respuestas frías.

La visualidad total niega entonces la tensión/hacia, desde la cual el deseo humano irrumpe. Todo es alcanzable, todo puede verse, y nada sentirse. La anestesia del sentimiento, la decadencia de la capacidad de voluntad y de intensidad son el corolario necesario del mundo de la imagen totalizada.

{55} Ibid., epígrafe, p.7.

{56} ibid., especialmente el capítulo “Monumento de posibles” (ej., en p. 124).

Terminales de pantalla -como sostiene Baudrillard- los sujetos humanos nos hemos vuelto superficiales como la pantalla misma: nada nos moviliza, en el exceso de estimulaciones ya todo nos da igual. Accidentes, muertes, nacimientos, cumpleaños de gobernantes y vedettes, desnudos, todo pasa desde el video indiferentemente ante nuestros ojos siempre interesados a la vez en todo -es decir, genuinamente en nada-, sin promover consecuencias, afecciones, ni siquiera memoria o eco alguno.

Fin del énfasis, se regocijaba hace algunos años Vattimo (57). Lo interesante era ese dejo nietzscheano de alivianarse, ya no tomarse nada con espíritu solemne. Y si ese era el resultado del Anti-Wagner nietzscheano, bienvenido sea, porque significaba la condena del espíritu germano de la pesantez, ese que se entronizó en el nazismo. Propendía a la liquidación de esencialismos teluristas y mesianismo historicistas. Hasta allí, muy bien. Pero si Nietzsche "no podría creer en un dios que no bailara" (58), queda claro que la energía no depositada en la fundamentación y el principismo se descargaría en la vocinglería regocijada del canto y del baile, de la libertad concedida a lo vital como voluntad. No -en cambio- se entregaría a un anémico espíritu de tibieza, de debilidad (59), a una especie de nueva enfermedad de Occidente no consistente ya en el engaño del conocimiento y la apología del yo resentido, sino en una afección no afectada, en un vacío acontecer sin tragicidad ni huella. Era del vacío, pensamiento débil.

Un énfasis no esencialista debe reaparecer. No requerimos volver a las esencias de sentidos autoritarios que se pretenden dueños de verdades únicas. Pero aquellas que surjan desde la multiplicidad social en acto, deben y pueden ser objeto de debate público apasionado, de lucha, de conflicto racionalmente resuelto (en su obvia no resolución, ni plena ni definitiva). Cabe volver a entusiasmarse, y hay que encontrar el desde dónde hacerlo. Viene requerida una cierta necesidad de asimiento a alguna intensidad, a partir de la cual el coloreamiento de la vida sea diferente del de la visualidad televisiva.

Es allí donde la estética (y la mística, y lo mítico, y lo erótico, toda la saga de las experiencias/límite) muestra su renovada pertinencia. Ese temor y temblor ante lo irrepresentable, ante el Dios de los místicos, ante el erotismo en su esplendor, ante la regla social si esta se sostiene (con la posibilidad de la

(57) Vattimo, Gianni: El fin de la modernidad, Gedisa, Barcelona, 1987.

(58) Nietzsche, Friedrich: Así hablaba Zaratustra, Mexicanos Unidos, 1976, p. 44.

(59) No es casual que en su obra Más allá de la interpretación -ya citada- el autor italiano proponga el cambio de la denominación "pensamiento débil", pues le parece altamente problemática en cuanto se la toma "en un sentido excesivamente restrictivo y literal"; en su Prólogo, p. 35.

transgresión). Hay una dimensión de la experiencia que se sitúa en el silencio, en cuanto las palabras no pueden sostener lo irrepresentable, que es obviamente no “decible”, y mucho menos comunicable. Allí donde el sentido se hace sutil y se adelgaza por fuera de las palabras, haciendo un susurro donde algo nos desborda y sin embargo somos como pocas veces idénticos a nosotros mismos, despojados de aquello que nos solicita hacia el perderse en los objetos del “afuera” cotidiano (de alguna manera, como Heidegger lo señala al comienzo de su temprano “Ser y tiempo”).

He allí una senda por recorrer. Hay que recuperar la subjetividad, el soliloquio, la capacidad de admiración y de alterarse. En la impavidez del sujeto posmoderno estamos condenados al sinsentido y la anestesia crecientes.

En este campo, la Universidad tiene necesidad de intervenir. Qué institución social, sino ella? O se dejará a las Iglesias, que en los casos flagrantes de la religión electrónica, llenan la falta con la apelación al fanatismo más elemental? Sólo al arte, que puede despertar como ningún otro tipo de experiencia a la ruptura, pero que es a menudo mudo en cuanto a la interpretación que se dé de la vivencia? Para que así exista la posibilidad de que los reaccionarios crezcan? (recordemos que el nazismo se incubó en la pérdida de la creencia en la razón, lo cual tiene alguna analogía con el presente). Un tiempo de escasos conflictos tras la caída de los regímenes del Este, está lejos de constituir la garantía de un futuro venturoso. Aprovechemos la tregua histórica para proveer significado a la vida social democrática: de lo contrario, los antidemocráticos parecerán tener razón.

Por esto, es responsabilidad histórica una Universidad del siglo XXI comprometida con el drama decisivo de la época. En la cual se discuta la cuestión de los valores. En la cual se abra a su tratamiento en los diversos -y más alejados temáticamente- planes de estudio. En la que podamos hacer una memoria activa del presente.

Algún autor ha conceptualizado los nuevos y difíciles desafíos para la educación en esta época (60). Cambios radicales hacen que ella tenga que hacerse cargo de lo que deja la familia, por ejemplo. Y un caso típico es el de la orientación normativa. Ante la crisis de los políticos, que para nada hacen honor a la política; ante la debacle del periodismo, que con excepciones que pueden contarse, se dedica a facturar a base de liquidar la intimidad de la existencia

(60) Tedesco, Juan C.: El nuevo pacto educativo (educación, competitividad y ciudadanía en la sociedad moderna), Anaya, Madrid, 1995. Se trata de un muy interesante trabajo, donde se analiza las dificultades y perplejidades de la educación ante los fuertes cambios socioculturales en curso. Si bien aparecen algunas recaídas del autor en el adaptacionismo que caracterizó sus últimas obras, también se reencuentra rasgos de su lucidez conceptual y aún capacidad crítica que mostrara en los inicios de su carrera intelectual.

ajena, y a socavar toda delicadeza en el tratamiento de las cuestiones personales; ante la defección de un liberalismo político que en vez de potenciarse hacia la participación, lo hace hacia la ganancia creciente y escandalosa de unos pocos; la Universidad tiene una responsabilidad histórica. No puede sentirse ajena a la necesidad de esta misión que, por supuesto, antes debiera poder calibrar en la fuerte dimensión que guarda, y en la sutileza con la cual se presenta.

Como desafío, no es poco. Pero sin grandes retos no existen respuestas valiosas. Cierta hondura en el trato del tiempo, cierta paciencia de la experiencia personal, cierta cadencia de las horas y los afectos se han hundido en el vértigo contemporáneo. Hemos perdido todo espacio para la nostalgia y la tragicidad. Nos falta la dimensión de un tiempo vertical para la vivencia. La Universidad puede discutir sobre el punto. Pero puede -más que nada- abrir un espacio. Ser un ámbito, constituir el cobijo de una otredad más que nunca necesaria en el reino de la conciencia identitaria generalizada.